

EL CRONOTOPO DE LA DIFERENCIA DECONSTRUCTORA EN AÑOS Y LEGUAS DE GABRIEL MIRÓ

La mayoría de las aproximaciones críticas al conjunto de la producción literaria de Gabriel Miró posee como cierto denominador común un enfoque fenomenológico que intenta esclarecer el presunto significado de la experiencia expresada a través del correspondiente discurso lingüístico. Entre tales estudios sobresale *El ser y la palabra en Gabriel Miró* de Roberta Johnson, texto monográfico en el que los dos últimos capítulos están dedicados a un incitante análisis narrativo de *Años y leguas*.¹ Admitiendo la validez de tales intentos de acercamiento al conocido texto literario de Miró, este artículo tiene como finalidad la exploración de elementos diferenciales, de signo deconstructor, a lo largo de las categorías espacio-temporales, mediante las que se describe y narra lo que aparece a la conciencia de Sigüenza, personaje clave en el desarrollo diegético de *Años y leguas*. Conforme lo adelantado por Mijail Bajtin en *Teoría y estética de la novela*, la interrelación narrativa de los elementos espaciales y temporales está constituida por el cronotopo, el cual resulta imprescindible para la intelección de cualquier tipo de relato.² Según lo expuesto teóricamente por este crítico, los elementos del tiempo se revelan en el espacio y éste es entendido y medido a través de aquél. La interacción de las series y uniones de esos elementos constituye la característica propia del cronotopo. En *Años y leguas*, se puede observar que dentro de dicha conexión espacio-temporal aparecen rasgos diferenciales de tal magnitud que impiden que al cronotopo puedan asignársele categorías fijas e inmutables, adelantadas de antemano y que facilitarían un estudio estructuralista de este texto literario.

El hecho de que a lo largo de la narración aquí considerada Sigüenza se esté moviendo continuamente de un lugar para otro ya impide que las coordenadas espaciales aparezcan como invariablemente establecidas, aunque conviene no perder de vista que la introducción de la diferencia más notable se lleva a cabo al abandonar el contexto urbano de Madrid para disfrutar del ruralismo mediterráneo, el cual, sin embargo, tampoco aparece como correspondiéndose fielmente a los recuerdos que poseía el propio Sigüenza de sus experiencias procedentes de unos veinte años atrás. Dicho de otro modo, a la diferencia

¹ Roberta Johnson, *El ser y la palabra en Gabriel Miró*, Madrid, Fundamentos, 1985.

Gabriel Miró, *Años y leguas*, Valencia, Consellería de Cultura, Educació y Ciència de la Generalitat Valenciana, 1987.

² Mijail Bajtin, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.

deconstructora de carácter espacial se añade ahora una nueva de connotaciones temporales, de tal forma que tanto en uno como en otro caso se subvierten realidades concretas, con las que el personaje clave de *Años y leguas* estaba familiarizado.³ Contribuye a esta estrategia textual el papel diegético desempeñado por otros factores contextualizadores, tales como el silencio y los diversos vacíos con los que se encuentra atravesada la narración de la experiencia de Sigüenza, los cuales promueven la pérdida de las categorías de presencia y totalización, favorecedoras del otorgamiento de un enfoque metafísico a este relato.⁴ De aquí procede el hecho de que tal personaje se sienta con frecuencia sometido a una soledad galopante, pues no llega ni siquiera a percibirse como acompañado de sí mismo. En su propia personalidad se produce, a este efecto, un cierto desdoblamiento, conducente a la apreciación deconstructora de la otredad por parte de alguien que ha conseguido internalizar hasta la diferencia exteriorizada en el cronotopo contextual que le rodea. Será incluso el lenguaje, tanto de Sigüenza como de otros personajes y hasta del mismo narrador homodiegético, el que evidencia el movimiento diferenciador y subversivo que, una y otra vez, afecta a todo lo narrado en *Años y leguas*.⁵

En el primer apartado del texto literario aquí estudiado se recalca explícitamente la actitud de movimiento en que se instala Sigüenza, al haber dejado Madrid y dirigirse al ambiente rural y provinciano donde había transcurrido su infancia. El narrador está interesado en subrayar la diferencia fundamental existente entre los espacios de la ciudad y el de los campos natales de un personaje acuciado por recuerdos inmediatos del contorno urbano, encontrándose ya distante de sus años infantiles. Ahora bien, aun dentro de este ámbito diferencial entre la ciudad y el campo, se detecta una interrelación mutua tan estrecha que llega hasta abolirse el concepto mismo de primariedad originaria. Ya en el campo a Sigüenza le vuelve el recuerdo de una rinconada de Madrid, caracterizada por el fragmento de un árbol inmóvil que participa de la arquitectura de una casona viejecita. Ese era el lugar por el que se interesaba y a donde se escapaba dicho personaje, insatisfecho con el contorno urbano y en busca de una presunta verdad rural. Sin embargo, cuando Sigüenza se encuentra en contacto con el campo de su infancia, aquel sitio apacible de Madrid le parecía ser el

³ Aun admitiendo la preeminencia textual de Sigüenza en *Años y leguas*, se precisa no perder de vista desde un primer momento que, en este relato, aparecen multitud de personajes, considerados tal vez como comparsas desde un punto de vista narratológico, que deconstruyen la tendencia de aquél a utilizar conceptos fijos que sirvieran de apoyo en la búsqueda de una definición concisa de lo experimentado.

⁴ El discurso narrativo de *Años y leguas* evidencia la caducidad de cualquier concepción de la existencia basada en verdades eternas, establecidas ya para siempre.

⁵ Se precisa llegar al último párrafo de *Años y leguas* para cerciorarse, con explicitéz, de que el narrador de todo lo que antecede es homodiegético, pues es entonces cuando se desenmascara sin disimulos, utilizando la primera persona gramatical, diferenciándose así del tono de distanciamiento heterodiegético que había dado a gran parte de lo relatado con anterioridad.

principio de la ciudad, convertido en un embuste de calma. En cualquier caso, podría muy bien afirmarse que ese lugar vendría a ser simplemente una huella deconstructora de una presencia primigenia inevitable. Ha sido Jacques Derrida quien en *De la gramatología* reconoce que el pensamiento tradicional potencia la primacía de la presencia intrínsecamente relacionada con la identidad absoluta e inmutable.⁶ Sin embargo, nunca se consigue poseer la presencia en plenitud. Conforme sucede en ese rincón urbano en el que parecía refugiarse Sigüenza, el deseo imposible de realizar presencias tiene que contentarse con un simulacro de las mismas, es decir, con una presunta representación mimada. La diferencia entre ese lugar urbano de huida insatisfecha y el campo, al que por fin se encamina el personaje nostálgico de *Años y leguas*, no sólo no favorece la prioridad de la presencia, que se encontraría en el destino anhelado, sobre la ausencia vivida en Madrid, sino que conlleva una nueva dislocación espacio-temporal, pues resulta que lo encontrado no se corresponde exactamente con lo que ha sido objeto de un incitante recuerdo. Todo esto conlleva el fenómeno deconstructor consistente en que la diferencia se disloca continuamente en una cadena de sustituciones diferidoras, como formando parte de un juego de huellas en incesante movimiento. Para decirlo de otra forma, en el caso de *Años y leguas*, la diferencia entre el Madrid propiamente urbano y el rincón escapatorio a que acudía Sigüenza remite a la distinción establecida entre el campo buscado y ese rincón. A su vez, ahí se apunta a la diferencia existente entre lo hallado por tal personaje y lo recordado con nostalgia. A este respecto no está de más afirmar que, de acuerdo con lo manifestado por Cristina de Peretti en *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, la diferencia inestable corresponde a una red textual y, por lo mismo, no es susceptible de ser reducida ni a la unidad de una temática ni a un análisis conceptual.⁷ Tal es lo que sucede en *Años y leguas*, en donde al propio tiempo que hay una ausencia manifiesta de pensamiento unificante, el proceso diferidor de carácter deconstruccionista impide el encuentro de un significante fijo y estable. Dicho de otro modo, el rincón en que se acogía Sigüenza y que servía de motivo subversivo del contexto urbano de Madrid es, a su vez, deconstruido por una realidad rural encontrada por ese personaje, que, sin embargo, no se corresponde a los objetivos buscados en la salida al campo, en donde había transcurrido su infancia. Conviene no perder de vista que, aun en esa circunstancia anhelada, aparece la carretera como signo perturbador orientado hacia la ciudad de la que Sigüenza huía. Aunque se encuentre solitaria, la carretera es considerada en *Años y leguas*

⁶ Jacques Derrida, *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

⁷ Cristina de Peretti, *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, Barcelona, Anthropos, 1989. Teniendo en cuenta lo que se explica con detalle y minuciosidad en este sobresaliente estudio teórico y aplicándolo al relato aquí estudiado, cabría decir que el papel deconstructor desempeñado por la diferencia, tal y como aparece a lo largo del discurso textual de *Años y leguas*, quizás contribuya a poner de manifiesto la insuficiencia crítica de aproximaciones fenomenológicas a este texto narrativo.

como un arrabal que sirve no para alejarse sino para medir las distancias, siendo también huella de una ciudad que simultáneamente se resiste a desaparecer y extiende su dominio colonizador por nuevos terrenos ya explorados. Así se refiere el texto literario aquí estudiado a lo que la carretera connota para el propio Sigüenza, el cual todavía es capaz de mantener una memoria subversiva respecto a un presente inaceptable:

... La carretera siempre es la misma; es vecindad, y nada más promete el pueblo inmediato. De modo que para Sigüenza, ese ruralismo de las carreteras con automóviles quita la intimidad de los lugares que vio, en otros tiempos, sin carretera.⁸

En *Años y leguas*, la carretera representa, por un lado, la ausencia de tradición, y por otro el dominio urbano que se resiste a desaparecer, a pesar de los baldíos esfuerzos realizados por un personaje tan alienado como Sigüenza, abocado a tener que aceptar la inevitabilidad impuesta por el presunto progreso uniformizador. Sin embargo, es el recuerdo el que impide la eliminación de un pasado aludido a través de motivos espontáneos e ingenuos, los cuales lo diferencian de un presente contextualizado en un cronotopo convertido tal vez en una huella molesta y perturbadora de lo que se desea dejar atrás. Ahora bien, es precisamente la ansiedad proveniente de la influencia ejercida por eso que se resiste a perecer lo que impide que el proceso deconstructor llegue a una meta definitiva.⁹ Por consiguiente, no hay presencia alguna fija y estable en *Años y leguas*, ya que el pasado urbano se ve subvertido por el recuerdo de algo anhelado, pero no logrado plenamente. En lo que pudiera corresponder a tal realidad buscada se encuentran también las huellas deconstructoras procedentes de una ciudad que se expande a toda costa y en cualquier terreno a su alcance. Para expresarlo de otra forma, el movimiento subversivo de algo fijo y definitivo no es unidireccional, sino que se extiende en múltiples ámbitos dinámicos, expuestos siempre a serios e inquietantes cuestionamientos, provenientes tanto del espacio del que se huye como del que no se encuentra, o del tiempo remoto anhelado y del insatisfactorio presente. De aquí se desprende que en *Años y leguas*, Sigüenza no halle sosiego en el ámbito empírico de hechos verificables, que es incapaz de aceptar indiscriminadamente. Son los recuerdos y el papel dinámico desempeñado por la memoria de ese personaje los que agujerean la trayectoria narrativa del texto literario aquí estudiado, el cual es objeto de un proceso de autodeconstrucción, tal vez no muy alejado del

⁸ *Años y leguas*; pp. 129-130.

⁹ Según ha puesto de relieve Cristina Álvarez de Morales Mercado, en *Aproximación a la teoría poética de Harold Bloom* (Granada, Universidad de Granada, 1996), es cierto que lo expuesto críticamente en *The Anxiety of Influence. A Theory of Poetry* (New York: Oxford University Press, 1973) por el propio Harold Bloom conlleva una dilucidación de la angustia que procede de la influencia ejercida por enfrentamientos intertextuales. En *Años y leguas*, tales confrontaciones se llevan a cabo debido a varios condicionamientos espacio-temporales, diferenciados deconstructoramente y en tensión continua.

estudiado, en términos teóricos, por J. Hillis Miller en "On the Edge: The Crossways of Contemporary Criticism."¹⁰ No es necesario salirse del texto de *Años y leguas* para detectar las estrategias subversivas que en él se encuentran. El movimiento espacial del que participa lo aquí relatado es desafiado y promovido simultáneamente por nuevos indicios textuales que impiden la llegada a meta alguna en la que, por fin, asentarse.

En *Años y leguas* Sigüenza se siente inquieto e insatisfecho con lo que ve y observa en el ámbito rural al que ha huido, puesto que no se corresponde al mundo idílico recordado por él y que se remontaría a sus años de niñez y adolescencia. Porque desea ser fiel a ese mundo del que sufre nostalgia, se le ve a tal personaje, no mucho después de comenzar el relato, montado en un jumento, ya que así era como recorría hace muchos tiempos los lugares a que ahora regresó. Sentía gozo y alegría al creerse que se guardaba fidelidad a sí mismo, al que era hace veinte años. Sin embargo, a medida que aumenta la insatisfacción con lo que ve a su alrededor y que no se corresponde al contorno añorado, también Sigüenza cae víctima de lo que él mismo rechaza y no hace falta transcurrir mucho tiempo para verle recorrer esos lugares en un automóvil, transitando por carreteras que desprecia y abomina. A todo esto conviene añadir que algunos representantes del mundo rural anhelado por Sigüenza le consideran como un extraño, un forastero, alguien ajeno a ellos. Cuando transita por los pueblos, la gente se fija en él y le formulan preguntas que ponen en evidencia el estado de curiosidad distante suscitado por dicho personaje alienado y tal vez fuera de lugar. Esta reacción provocada por Sigüenza manifiesta el vacío existencial que le rodea, pues si él rechaza a la ciudad, las huellas o reminiscencias que quedaban de los campesinos de ámbitos rurales tampoco le consideran como formando parte de su contorno existencial. A la vez que ese personaje desea subvertir el dominio urbano, convertido para él en algo insoportable, su propia actitud es deconstruida por los moradores de dichos lugares anhelados por el propio Sigüenza. Conviene reiterar, a tal respecto, que el contenido de los recuerdos de ese personaje no sólo es algo inexistente, sino que constituye una ausencia subversiva de cualquier fundamento fijo en el que asentar una vida rebelde. Dicho estado existencial de alienación provocado por los que rodean a Sigüenza se incrementa al verse a sí mismo realmente como un extraño, conforme lo advierte el narrador de *Años y leguas* de la siguiente forma:

Se queda escuchando el agua de los hontanares, el agua glacial y ajena. Ajena porque él es un extraño, y el agua tan gozosamente poseída por su sensibilidad, el agua no era allí agua de la Creación, ni siquiera agua de pueblo,...¹¹

¹⁰ J. Hillis Miller, "On the Edge: The Crossways of Contemporary Criticism", *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, 32 (January, 1979); p. 17.

¹¹ *Años y leguas*; p. 128.

Este texto citado evidencia que incluso aquello que le hubiera podido complacer a Sigüenza en el ámbito rural buscado es algo en movimiento continuo que impide la permanencia inalterable, y a lo que se puede aludir meramente como un recuerdo de una realidad tal vez desaparecida y ya incapaz de proveer fundamento estable alguno. La lógica que ese personaje creía hallar en el ámbito existencial de lo buscado se ve, pues, deconstruida por la irrupción de unos simples hechos tan verificables como el constante correr del flujo acuático. Por consiguiente, ahí se manifiesta una doble lógica con rasgos internos de incompatibilidad que abocan a aporías contradictorias e insoslayables. A este respecto se precisa advertir que Jonathan Culler, en *On Deconstruction. Theory and Criticism after Structuralism*, afirma la existencia de dos planos racionantes en textos propensos a estudios deconstructores, los cuales lejos de cerrar las posibilidades contradictorias las revelan.¹² En el caso de *Años y leguas*, la inmutabilidad pacífica en la que deseaba fusionarse eternamente Sigüenza está en contradicción manifiesta con el fluir del agua, destructor de todo aquello visto como algo permanente y estructurado.¹³ Por otro lado, se precisa añadir que las anécdotas de desgracias y muerte de diversos personajes que abundan a lo largo de los apartados de este texto literario también evidencian un alejamiento respecto a lo que deseaba disfrutar Sigüenza, el cual se vio obligado en una ocasión hasta a observar el derribo de una olivera, mientras él se sumergía una vez más en recuerdos infantiles, mirando una estampa fascinadora del huerto de Gethesemaní. Así pues, al hacérsele irresistible la contemplación de acciones que deconstruyen el idílico mundo rural ya no existente, recurre Sigüenza a un recuerdo de algo imaginario y se remonta a años infantiles con los que desea subvertir el malestar presente.

Conforme se está en condiciones ya de observar, las diversas modalidades del cronotopo en que se encuentra inserto lo relatado en *Años y leguas*, se deconstruyen mutuamente. El espacio del rincón de Madrid en donde se refugiaba Sigüenza subvierte la urbanización desoladora de la ciudad, al mismo tiempo que es deconstruido por el campo al que se dirige ese personaje. Por otro lado, lo encontrado en los viajes de Sigüenza no contribuye a complacer su nostalgia orientada hacia un pasado ya inexistente. Tal elemento narratológico de carácter temporal, al ser introducido en el proceso diegético de lo relatado en el texto literario aquí estudiado, pone en evidencia las grietas, los puntos débiles y las ausencias desde las que se está en condiciones de deconstruir un espacio insatisfactorio. En consecuencia, es el tiempo recordado uno de los principales contribuyentes a la subversión focalizada en el espacio

¹² Jonathan Culler, *On Deconstruction. Theory and Criticism after Structuralism*, Ithaca, Cornell University Press, 1984.

¹³ El significante del agua en el texto citado de *Años y leguas* alude también a un dinamismo detectado mediante el sonido procedente de hontanares inaccesibles.

encontrado, poniéndose así en evidencia la interrelación mutua de los elementos integradores del cronotopo de *Años y leguas*. La razón del éxito de tal estrategia deconstructora se debe a que lo aludido por ese tiempo recordado corresponde al vacío de algo ya inexistente y que proyecta notables connotaciones de un silencio inquietante y tal vez abrumador. No obstante, dicho silencio es simultáneamente de tal magnitud y finura que el mismo Sigüenza no se atreve a gozarlo, por si se rompiera como un vidrio precioso. Así pues, la enormidad y grandeza del silencio no es un obstáculo para que se pueda apreciar su delicadeza, impidiendo el más mínimo atisbo de disgregación aniquilante. No debe perderse de vista que, para cualquier proceso deconstructor, la ausencia implicada en el silencio es un elemento poseedor de una gran potencialidad subversiva. En el caso de *Años y leguas*, el silencio connota, por un lado, quietud y, por otro, favorece que se puedan oír ruidos tales como el del vendaval derribador de árboles o el del oleaje que arremete contra un pedregal de rocas costeras. A Sigüenza le gusta apreciar el goce del silencio y le molesta todo aquello que lo rompe, desde los sonidos impetuosos de las aludidas tempestades y tormentas, hasta el simple ruido de una mosca trastornadora de momentos de quietud. Conforme se está observando, dicho personaje se complace tanto en el silencio como en los recuerdos. Ahora bien, ambos apuntan a un vacío de algo inexistente, desde donde se puede partir para deconstruir toda presencia impuesta. De aquí se deduce que, conforme lo explicado en términos generales por Danny J. Anderson en "Deconstruction: Critical Strategy/Strategic Criticism," el movimiento textual que intenta encontrar una cierta coherencia diegética a lo relatado no puede basarse en una presencia fija que es considerada ya como insuficiente, a todas luces.¹⁴ Lo que acaece en *Años y leguas* es que el silencio deconstruye la coherencia de continuidad que tal vez pueda dar la impresión de que existe en las experiencias vitales de las que participa Sigüenza, caracterizadas también por una pronunciada fragmentariedad de sonidos a través de los que desea reafirmarse y ahuyentar un profundo sentido de alienada ansiedad. De la siguiente forma se hace referencia al silencio tal vez subterráneo que ese personaje intenta romper vocalizando palabras, sin conseguir estructurar frases caracterizadas por coherencia sintáctica:

¹⁴ Danny J. Anderson, "Deconstruction: Critical Strategy/Strategic Criticism", G. Douglas Atkins, Laura Morrow Ed., *Contemporary Literary Theory*, Amherst, The University of Massachusetts Press, (1989), 137-158. Barbara Johnson, en *The Critical Difference: Essays in Contemporary Rhetoric of Reading* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985), se refiere a la crítica que Jacques Derrida hace en *Writing and Difference* (Chicago: University of Chicago Press, 1978) de la relación semiótica que puede establecerse entre significante y significado, tal y como lo propone Ferdinand de Saussure en *Course in General Linguistics* (New York: McGraw-Hill, 1959), en donde se evidencia que cada uno de esos dos elementos apuntan a algo diferente a ellos mismos, es decir, a lo que no existe en su propia constitución como significante. Incluso hasta el mismo significado, en términos deconstruccionistas, se convierte en un nuevo significante, que remite a algo que propiamente no existe o es inalcanzable.

Era preciso pararse. El silencio. Zumbido de haber callado todo, y la revelación de los ecos que estuvieron vírgenes hasta la estrena del camino.

Entonces, Sigüenza, por un furor de burla contra el fracaso de sus memorias, se puso a buscar palabras atroces, que precisamente por serlo harían resaltar la pureza de las resonancias y de los lugares. Y las gritó de dos sílabas:

—¡Cha-rol! ¡U-jier! ¡Cuen-ta! ¡Sport-man!

En seguida de tres sílabas:

—¡Dic-ta-men! ¡Mé-to-do! ¡Viz-con-de! ¡De-fi-nir!

Luego de cuatro:

—¡Pro-vi-sio-nal! ¡Di-pu-ta-do! ¡Dis-tin-gui-do!

Y hasta fórmulas de cortesía, como:

—¡Muy-se-ñor-mío!

La voz de Sigüenza, desincorporada, cada vez más lejos, esparcía desde sus máscaras, con inocencia y exactitud: Viz-con-de... Pro-vi-sio-nal... Muy-se-ñor-mío...; revelando y esparciendo los pobres conceptos en el aire inmóvil, diáfano, rasgado únicamente por las alas de los halcones.¹⁵

De un análisis deconstructor de este texto se desprende que el lenguaje articulado aparece como una máscara en convivencia con actitudes de sincera ingenuidad, tal y como lo pone de manifiesto la actitud del propio Sigüenza, el cual emite sonidos para, de alguna forma, autoafirmarse y no sentirse totalmente aniquilado por un silencio subyacente. Quizás convenga prestar atención al hecho de que si el silencio deconstruye los ruidos impuestos por el dominio colonizador procedente del ámbito urbano de la modernidad, por otro lado continúan produciéndose resquicios y huellas de tales sonidos en los vocablos deletreados en voz alta por el propio Sigüenza, al querer afirmar su existencia. Dicha simultaneidad textual del silencio con los sonidos a que aquí se alude está poniendo de relieve que lo relatado en *Años y leguas* no se encuentra elaborado ni construido arquitectónicamente en función de dicotomías binarias, en las que uno de los extremos enfrentados dominaría totalmente al otro. Si se produjese tal situación estructural se habría conseguido un discurso monológico alejado de la multiplicidad de motivos deconstructores que continúan actuando a lo largo de lo narrado en dicho relato.¹⁶ A este respecto se precisa reiterar que el silencio, tal vez sentido de modo abrumador, es roto por Sigüenza mediante sonidos verbales lanzados al vacío aéreo; por otro lado también hay que tener en cuenta que ese mismo personaje busca recostarse en la paz proporcionada por la quietud, sin ruidos, de las comarcas por él visitadas.

¹⁵ *Años y leguas*; pp.134-135.

¹⁶ En el capítulo último de *Structuralism and the Logic of Dissent. Barthes. Derrida. Foucault. Lacan* (Chicago, University of Illinois Press, 1989) Eve Tavor Bannet pone en evidencia cómo la estrategia deconstruccionista propuesta por Derrida elimina la posibilidad de que uno de los elementos enfrentados en las presuntas oposiciones binarias domine al otro.

A los motivos deconstructores ejemplificados en el contenido inexistente de recuerdos o en el silencio, conviene añadir el de la muerte que atraviesa acuciantemente gran parte de lo relatado en *Años y leguas*, desasosegando al propio Sigüenza de tal forma que le interrumpe hasta el descanso propiciado por la quietud del reposo y sueño. Donde esta función subversiva de la muerte tal vez se ponga de manifiesto con agudeza e inoportunidad sea en uno de los primeros apartados del texto literario aquí estudiado, cuando Sigüenza brinca de la cama al oír tocar a muerto. Ya, de por sí, tal sonido está relacionado con una angustiada ausencia existencial, de una proporción todavía mayor que el de los vocablos articulados por ese personaje como reafirmación propia frente al vacío provocado por el silencio, según se ha observado en el texto anteriormente citado. Ahora bien, en el caso de ese toque de campanas, a la ausencia intrínseca que lleva consigo la muerte hay que agregar el hecho de que entonces no había difunto, pues sonaban las campanas llamando al funeral de un novicio muerto hacía tiempo en la heredad de su familia, para así conmemorar su aniversario. Por consiguiente, la ausencia aquí es doble: primero, la de la muerte y, luego, la del inexistente difunto. Tales vacíos contribuyen, por tanto, a deconstruir la presencia que deseaba gozar Sigüenza, la cual había existido en tiempos remotos. No obstante, conviene no perder de vista que es este mismo personaje el que parece se complace macabramente en unos ritos de muerte que observa, llegando casi a participar en ellos. En conformidad con dicho interés, Sigüenza se dirige al cementerio, en donde el enterrador Gasparo Torralba le exhibe lo contenido en fosas y los correspondientes restos de cadáveres, amontonados sin respeto ni veneración alguna. Así se narra en *Años y leguas* lo contemplado por Sigüenza en una visita a ese cementerio del pueblo en donde buscaba reposo y refugio:

Entran en el nicho la caja de Lluiset; encima, la del abuelo; y han de aupar, en lo último, el ataúd de la vieja. Pero Gasparo mide con el legón el cadáver. Ni destapado ha de caber. Le sobra la calavera, y se la desgaja, llevándose un sartalejo de vértebras de cartón, y la envía rodando al fondo de la sepultura.

A fumar junto a la muerta descabezada, que no parece una muerta. Los bordes del cuello tronchado se llenan de sol y de brisa. Lo que menos se le ocurre a Sigüenza es decir lo que todos hemos dicho alguna vez: “¡No somos nada!” Porque “aquello” era precisamente algo que no se relacionaba ni con nuestra carne ni con la nada. Carne y nada que nos hacen prorrumpir en exclamaciones ascéticas, “no somos nada, no somos nada”, pensándolo, casi siempre, cuando no lo creemos de verdad.¹⁷

Según se desprende de este texto, el vacío de la nada, observado zafiamente por Sigüenza, deconstruye hasta cualquier consideración ascética referida a la propia condición humana. Incluso, lo que de valor y purificación espirituales pudiera connotar el pensamiento focalizado en la muerte se ve subvertido por

¹⁷ *Años y leguas*; p. 64.

la profanación de tales consideraciones derivada de las actitudes adoptadas por Gasparo Torralba, sin que el propio Sigüenza muestre desaprobación alguna. Antes por el contrario, ambos personajes evidencian una cierta compenetración y amistad al proseguir el paseo por los callejones de panteones, hasta llegar al recinto del cementerio antiguo, en donde no había más cadáver reconocido que el de un suicida forastero.¹⁸ Aquí todavía la ausencia promovida por la muerte está más acentuada, ya que ni siquiera se puede identificar a nadie de los que estaban enterrados, excepto a un personaje que no era del pueblo. Si en la parte nueva del cementerio el vacío desatado por la muerte todavía estaba en condiciones de ser amortiguado por el recuerdo de quien había conocido a los cadáveres en vida, en el caso del denominado cementerio antiguo tal reminiscencia temporal de un pasado constatable no existe. Sólo se menciona a un cadáver que, por corresponder a alguien de fuera del pueblo, los recuerdos que de él se puedan tener tal vez se conviertan en objeto de serios cuestionamientos. Dicho de otra forma, en este recinto del cementerio casi todo es ausencia y las reminiscencias de algo identificable se remontan a un pasado temporal sin señas de identidad fiables. El espacio de ese cementerio está repleto de vacíos y ausencias, mientras que el tiempo pretérito que amortiguaría tal situación es cuestionable. Por consiguiente, aquí el cronotopo destructor de *Años y leguas* aparece utilizando una de sus estrategias subversivas más sobresalientes. Ante lo observado en dicho lugar, no resta sino hacerse preguntas, a las que tal vez no se encuentre contestación textual alguna. No obstante, la mera formulación de interrogantes como estos ya se convierte en una estrategia destructora, aunque de alto grado de sutilidad, conforme lo había advertido en términos puramente teóricos Derrida en *Positions*.¹⁹ El énfasis focalizado insistentemente en las ausencias conduce a concluir que el presunto valor de las estrategias destructoras emerge de la falta de una presencia absoluta y trascendental, lo cual conlleva la aceptación únicamente de los hechos indigentes como material disponible para poder reflexionar con talante crítico sobre ellos.

Conforme se está observando, la ausencia promovida por la muerte es deconstruida en muchas ocasiones a lo largo de lo expuesto diegéticamente en *Años y leguas* por nuevas ausencias que parecen borrar hasta las huellas de lo que quedaba de personajes difuntos identificables. Tal es lo que evidencian los presuntos restos mortales de los desconocidos difuntos, enterrados en el recinto del antiguo cementerio. Sin embargo, también se precisa advertir que el

¹⁸ La alusión a la parte abandonada del cementerio viejo en *Años y leguas* está poniendo de manifiesto la sensibilidad del narrador para tener en cuenta, aunque las tumbas estuviesen irreconocibles, la constatación del lugar denominado "corralillo," en donde se encontraban enterrados representantes de la España heterodoxa que sufrieron discriminación hasta después de su muerte. Para un estudio detenido de lo implicado existencialmente por tal drama de la vida de España a través de siglos de intolerancia y represión, la lectura crítica de *Los cementerios civiles y la heterodoxia española* (Madrid:, Taurus, 1978) de José Jiménez Lozano contribuye altamente a esclarecer lo acontecido.

¹⁹ Jacques Derrida, *Positions*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.

dramatismo inherente a la muerte ya acaecida o que se prevee con inminencia se encuentra subvertido en un momento diegético del texto narrativo aquí considerado. Tal es lo que tiene lugar cuando se interrumpe una cacería del señor Vicario, amante de la buena vida y caracterizado por una alegre voracidad. A este personaje, que se apesadumbraba cuando tenía que ver morir a alguien, le llaman en medio de una jornada de recreo, para que atendiera, dando el viático, a un moribundo. Cuando el señor Vicario llegó a la casa del enfermo creído desahuciado, se encontró con que éste comía sentado a la mesa junto a su esposa e hija. Esas mujeres le dijeron al eclesiástico que a medida que él se iba acercando por el camino, al moribundo se le pasó el dolor y le entró hambre. Dicho cambio respecto a lo que había sido fatídicamente previsto era considerado por los familiares del afectado personaje como un milagro, frente al que no cabía explicación alguna. El desarrollo consiguiente de estos acontecimientos está relatado con un sentido del humor tan pronunciado, que se deconstruye la tragicidad dramática de una muerte, por suerte, no acaecida. Integran tal humorismo los rasgos cómicos con que está caracterizado el señor Vicario, el cual sobresale por su ferviente y apasionado amor a la buena vida. Todo esto parece que hasta le incapacitaba para tomarse en serio la tristeza producida por lo que hubiera sido un desarrollo fatal de los acontecimientos. Para decirlo de otra forma, la seriedad abrumadora de la ausencia promovida por la muerte se subvierte ante el desafío que, para ella, indirectamente suponen las dosis del sentido del humor de un personaje ilusionado por el gozo y el disfrute de la existencia.

Aunque es cierto que en el caso del presunto enfermo que iba a recibir el viático del señor Vicario se consiguen burlar las acechanzas fatídicas de la muerte, aparecen otros ejemplos a lo largo de lo relatado en *Años y leguas* en que lamentablemente personajes desamparados fallecen en situaciones escalofriantes.²⁰ La ausencia provocada por la muerte es tan acuciante en este texto literario como la que procede de los recuerdos de algo inexistente o del silencio abrumador. Todo esto provoca en Sigüenza una soledad angustiosa, propia de quien se encuentra ante la Nada ontológica y radical, sobre la que especula, en términos conceptuales, Martin Heidegger en *El ser y el tiempo*.²¹ No obstante, si se compara lo expuesto en este tratado filosófico con el estado de ánimo de dicho personaje de *Años y leguas*, acaso se colija que éste se inserta simplemente en la superficie del nivel óptico de objetos y acontecimientos, sin llegar a profundizar en la amenaza radical que para el Ser representa la Nada. Ha sido Jean Paul Sartre el que, en *El ser y la nada*, ha explorado desde diversas perspectivas el nivel óptico por el que se interesa la orientación existencialista

²⁰ Tal vez uno de los momentos más dramáticos de la narración aquí estudiada sea el de la muerte de la madre de Visentot, arrollada entre las muelas del molino que la trituraron a la vista de sus propios hijos, impotentes para poder intervenir y salvarla.

²¹ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

de su filosofía.²² Sin embargo, se precisa advertir que la soledad martilleada por connotaciones angustiosas, tal y como la experimenta Sigüenza, se coloca en el plano ontológico, el cual se refleja en lo acaecido en el nivel óntico.²³ Michael Gelven, en *A Commentary on Heidegger's "Being and Time"*, no sólo establece una relación entre esos dos planos, sino que llega a concluir que con frecuencia en el nivel óntico se ejemplifican lo que tiene lugar en las profundidades existenciales de lo ontológico.²⁴ Tal vez sea eso lo que precisamente sucede en *Años y leguas*, en donde los acontecimientos relatados están abiertos a la hondura inquietante del Ser, limitado y acechado por la Nada. Las consecuencias destructoras de dicha apertura sin fin no se le escapan teóricamente a Derrida, quien, en *Margins of Philosophy*, se refiere a ese plano ontológico del que queda una huella tachada en el óntico.²⁵ Todo esto implica la complejidad de un devenir existencial de angustia y soledad acuciante, tal y como se expresa a lo largo de la trayectoria narrativa de *Años y leguas*.

El estado de desamparo menesteroso que le sobrecoge a Sigüenza es una carga de la que no puede desprenderse, ni siquiera en los momentos de mayor goce y alegría, cuando parecía dispuesto a disfrutar de los placeres rurales por él buscados. El hecho de que este personaje no encontrara lo anhelado contribuye a incrementar la soledad existencial de carácter angustioso, que una y otra vez le rodea y le distancia de aquello que le sale a su encuentro. A este respecto no está de más referirse a que la aparición de diversas carreteras, utilizadas para aproximarse a los lugares que desea visitar Sigüenza, siempre va acompañada de la correspondiente alusión a la soledad, desde la que se contempla todo lo relatado en *Años y leguas*. Dicho estado de ánimo conlleva, en el caso de ese personaje, la condición existencial de no llegar ni siquiera a sentirse acompañado de sí mismo. Su alienación existencial le conduce a un desdoblamiento sintomático, al que explícitamente se remonta la dedicatoria de este texto literario, haciendo uso de las siguientes expresiones:

Sigüenza se ve como espectáculo de sus ojos, siempre a la misma distancia siendo él. Está visualmente rodeado de las cosas y comprendido en ellas. Es menos o más que su propósito y que su pensamiento. Se sentirá a sí mismo como si fuese otro, y ese

²² Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1950.

²³ A la hora de dilucidar la diferencia entre el nivel abstracto y ontológico en el que se inserta el pensamiento de Heidegger y el nivel superficial de la concreción empírica de lo expuesto por Sartre, conviene recurrir a estudios tales como *Irrational Man. A Study in Existential Philosophy* (Garden City N.Y., Doubleday Anchor Books, 1962) y *What is Existentialism?* (New York, Grove Press, 1964) de William Barrett, lo mismo que a *Los existencialismos: claves para su comprensión* (Madrid, Cincel, 1985) de Pedro Fontán Jubero y *Heidegger en su lenguaje* (Madrid, Tecnos, 1992) de María Fernanda Benedito.

²⁴ Michael Gelven, *A Commentary on Heidegger's "Being and Time"*, New York, Harper and Row, 1970.

²⁵ Jacques Derrida, *Margins of Philosophy*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.

otro es Sigüenza hasta sin querer. Sean estas páginas tuyas para el amigo de Sigüenza, más Sigüenza y más él.²⁶

El sentirse otro, diferente a sí mismo, que acucia a Sigüenza, conforme se evidencia en este texto citado, deconstruye cualquier connotación semántica de una identidad personal firmemente asentada. Ahora bien, este personaje asume con radicalidad una postura existencial, al identificarse con el otro, que se le impone. Para decirlo de forma algo diferente, Sigüenza se convierte en una alienación de sí mismo. En consonancia con este juicio crítico que se desprende de la dedicatoria citada, tal personaje se sentirá radicalmente solo a lo largo y ancho de los lugares por él recorridos, aun cuando intente llegar mediante el recuerdo a épocas pasadas ya no existentes. El cronotopo en el que se inserta Sigüenza posee, por tanto, un alto valor deconstructor de presencias identificatorias, precisamente porque se remonta a un estado de alienación ontológica todavía más profundo e inquietante, pues ese personaje no es ni siquiera él mismo, sino un otro que intenta dominarle e imponérselo coactivamente, sustituyendo a su propio ser, reducido ya a la Nada, de la que es imposible desprenderse y que subvertirá todo aquello considerado como propio, fijo, definitivo, e identificatorio de la presunta mismidad de Sigüenza.

A la hora de recapitular lo expuesto en las páginas precedentes, conviene recalcar que el ámbito diferencial deconstructor de *Años y leguas* se inserta en un cronotopo inestable que influye en los propios condicionamientos existenciales de Sigüenza, el cual sufre una profunda alienación, desdoblándose en otro ser y distanciándose de él mismo. Por consiguiente, en este texto literario nada hay fijo ni definitivo, pues hasta los rasgos propios de las señas de identidad son puestos en tela de juicio desde la dedicatoria con que se abre la narración. Tal estado de movilidad inestable se aleja de cualquier tipo de presencia otorgadora de sentido trascendente a lo relatado en un texto literario atravesado de grietas, ausencias y vacíos promovedores de una incesante fragmentación. El discurso diegético correspondiente a esta discontinuidad de *Años y leguas* ha sido caracterizado, por diversos críticos, como una acumulación de estampas. Ahora bien, la fugacidad provisional que tal comentario implica pone de manifiesto la apertura de las anécdotas relatadas, sin poseer final cerrado y aislador. No solamente lo narrado en cada una de esas estampas se encuentra propenso a desenlaces diegéticos inesperados, sino que está entrelazado con otros relatos, los cuales se necesitan mutuamente para esclarecer lo acaecido. La fragmentación a que aquí se alude evidencia el juego diferenciado de significantes deconstructores, asentados en coordinadas espacio-temporales siempre cambiantes y nunca proveedoras de la paz interior buscada por Sigüenza. Este personaje se convierte, pues, en víctima no culpable de un proceso de movilidad subversiva de todo lo existente, a la vez que contribuye a que nada haya definitivo

²⁶ *Años y leguas*; p. 3.

ni en su contorno ni en su propia personalidad, ya carente hasta de señas identificatorias.

*Francisco Javier Higuero
Wayne State University
Michigan*